LA BANDERA

La bandera no es un símbolo sin alma.—La bandera vive.—La ama de amor el buen soldado, i de amor que reune todos los amores.—Cifra en ella el cariño a los ausentes o ya muertos padres; a la novia que espera o que tal vez olvida, a la casita cuyo pardo humillo se levanta en abrupto rincón de la montaña.—La ama sin celos en los días de paz, porque, siendo mui suya, pertenece a todos, i mientras más la quieren otros, más se ufana.—La ama sin celos en los días de guerra, porque la bandera no traiciona cual mujer: si el enemigo la arrebata, se la lleva destrozada, i no para quererla, no para rendirle culto, sino para ofenderla i pisotearla. Por eso la defiende como león herido, la escuda con su cuerpo, la levanta dejándose descubierto el noble pecho, i si le hiere el plomo i media entre vida i muerte un instante de tránsito, la pasa al camarada, sin dolor de que otro la posea.

Surges, bandera de la patria, i ya más no pensamos en quejumbrosas penas de la vida; sin que nos demos cuenta exacta de ello, sentimos lo contingente de todo eso; de la cruz se desclavan nuestros brazos para tenderse a ti con toda el alma; la plenitud del ser encuentra obscura i estrechísima la corpórea prisión, i nos hincha las venas i se nos sale por los ojos en un vaho de lágrimas. ¡Cómo unificas i enardaces los espíritus! ¡Cómo hablas, bandera muda, i cómo cantas!

¿Cabe la envidia en donde está la bandera?

¿Por qué sentimos la increíble tristeza de ser jóvenes al ver a nuestros viejos veteranos? Ni una gota de nuestra sangre hai en tu púrpura! Uno de tus colores no nos pertenece....

¡Ai, i sacrílego fuera todo anhelo de renovar las luchas épicas! ¡I para que tú seas nuestra, toda nuestra, se ha menester que torne la desgracia i que tú te enlutes por los hijos ya sin vida!

¿Qué somos, oh bandera? ¿Qué hemos hecho? Tú no puedes saber lo que te amamos. De otros oiste el grito de combate. De nosotros, el verso. Otros fueron contigo a la pelea, al abismo, a la muerte; te sostuvieron herida; los envolviste cuando muertos. Cada palmo de tierra mejicana sepulta hazañas i proezas.

Los árboles te dieron sus ramas i los hombres tus brazos i sus vidas. Caían éstos cual las mieses que agavilla el sembrador. I tú, para no perderlos, para vivir siempre unida a ellos, te empapaste en su sangre recogiendo la esencia de esos héroes. Son nuestros padres: son tus predilectos.

***

La bandera vive. La bandera ama. Cuando nos alejamos de la playa i el mar va poco a poco separándonos de ese pedazo de tierra que se llama patria, como que nos saluda la bandera, erguida en el torreón más alto de la fortaleza. Diríase que procura extenderse para mirarnos un instante más; que aún tiene la remota esperanza de que a ella volvamos. Luego.... luego desalentada i triste cae, abrazando el mástil que se queja. ¿No os parece una madre al despedirse de la hija que se casa, de la hija que se pierde? Adivina que vamos a olvidarla mucho rato; que el amor encendido por ella en nuestro espíritu, brillará mientras dure la ausencia, como lámpara débil olvidada en la capilla.... A poco bracear en la corriente de la vida, el cansancio, el dolor, nos la recuerdan. Escuchamos los sones entusiásticos de un himno; pero ese himno no es el nuestro. Los demás se conmueven al oírle, les corre aprisa la sangre, cantan, gritan. I

nosotros sentimos una tristeza que nos sube de mui hondo, que nos coge todo, que nos enturbia la vista i no se va con nuestras lágrimas. ¿Por qué se agitan esas gentes? ¿Por qué se encienden esos rostros? ¿Qué tiene ese himno para ellos?

Estamos en el bullicio de un café. La más alegre música retoza, cosquilleándonos el cuerpo. Besa. Ríe. Bebe champagne. I al pronto la música liviana nos hechiza. Es como encantadora de serpientes que adormecen las víboras del alma. Estamos mui contentos.... sí.... es verdad.... pero contentos por manera extraña.... como estando contentos para fuera. El tedio cae, la noche avanza, salimos con inconfeso aburrimiento del café, i, al volver una esquina, oimos algo que nos para la vida, que nos suspende el alma toda. ¿Qué es?.... Un organillo: toca mal, pero mui mal, un «sonecito» de la tierra nuestra, uno de esos que acá escuchamos distraidos, cuando no molestos, como si oyéramos algún relato de nodriza vieja.

I el sonecito aquel se nos va entrando como si entrara por su casa; echa de adentro a todos los extraños; pone flores fragantes en los tiestos, i pájaros canoros en las jaulas; adereza la mesa; escancia el té; siéntase al piano, i dulce, dulcemente, en lengua amada, nos da noticia de la tierra i del hogar, del amigo querido, de todo lo que ingratos olvidábamos.... I entonces vuelve el ser a dilatarse, vuelve a latir el corazón con fuerza, vemos pasar, ¡oh patria! tu bandera, i el llanto nos desahoga i nos consuela.

***

La bandera vive. La bandera ama. Preguntadlo a los extranjeros que recorren nuestras calles en tal día como éste, preguntadles si no les da un brinco el corazón cuando ven ondear sus pabellones. Allí está la luz que vieran ellos por primera vez. La bandera ondula i parece que

les llama. Entre cien, mil i más, descubrirá la suya cada uno. Se tiene nada más que una bandera, como se tiene una madre nada más.

Observad qué fácilmente se enlazan unas a otras. No han nacido para vivir odiándose. El aire mismo, el alma de lo voluble, las aproxima para que se abracen. ¿No están todos los colores en el iris, en ese lazo suelto de la eterna bandera?

Enlazaos, amantes pabellones que flotais en nuestra atmósfera. El aire i las miradas por igual conspiran a juntaros. Bebed luz; ¡mi cielo es rico!

Tú estás ahí, bandera de mi patria. Reinas hoi, i donde tú apareces, vienen las demás como opulentas damas de tu corte. Brilla! Canta!

Nuestra bandera vive; nuestra bandera ama; nuestra bandera tiene alma.

MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA.

LA PRIMER AVENTURA

Mi primer aventura de amor nada tiene de romántica, i si me trae su recuerdo una emoción dolorosa, es precisamente por el desencanto atroz que me produjo cuando tan soñador era yo entonces, cuando recitaba a mis compañeros estupefactos, de memoria, sin faltar ni una sílaba ni una coma, capítulos enteros de la «María» de Jorge Isaacs.

—No, señores,—continuó el amable doctor lentamente, contemplando el cristal de su vaso,—en nada se parece mi primer aventura estudiantil a esas tan diabólicamente alegres i truhanescas que tan bien nos han contado Udes.

Es triste, interesante, pero cruel, sin poesía, repito. Uno de esos dramas de esta sociedad hipócrita i convencional.

Al principiar mis estudios de segundo año en la Escuela Preparatoria, me sentía transfigurado.

¡Estaba orgullosísimo de no ser ya un *perro*, como llaman los estudiantes de los cursos superiores a los de primer año!

¡Ya podría ser un audaz calaverón i engolfarme en maravillosas aventuras; tener novias i hasta queridas, fumar en boquilla de ámbar i beber mis copitas los domingos, qué diablo!

Soñaba yo con una mujer que se apasionara de mí hasta el delirio i por la que habría de abrigar un amor tremendo; su hermosura sería maravillosa, tan grande como su infortunio, porque, naturalmente, tendría que ser mui desgraciada, unida por déspota padre con un feroz marido,—un tigre—un desalmado con el cual habría yo de batirme en su oportunidad, atravesándolo, por supuesto, con magnífica estocada!....

Toda esta vulgar novela, bien nutrida de intrigas i episodios sentimentales, soñaba yo, creyendo que sería lo más natural del mundo i que pronto principiaría su prólogo.

Ante todo, lo que procuré i conseguí, creyéndome un político sagaz, un terrible Richelieu, fué la amistad de un estudiante de quinto año, inteligente, fuerte como un diablo, un fronterizo ingenuo i bonachón.

Pronto me tuvo real cariño, i como gustaba de oírme leer versos i de los versos que le hacía, fuimos inseparables. Viví en su mismo cuarto, un bonito cuartucho, limpio, bien arreglado i casi lujoso para un estudiante a quien su familia manda treinta pesos al mes.

Sucedió que un día que charlábamos alegremente en el corredor, a caballo sobre las sillas, vimos subir por la escalera que conducía al tercer piso, a una mujer de soberbio porte, alta i graciosa.

—¡Mira tú qué regia mujer!—dije a mi amigo.

—¡Hombre, hombre! ¡Si es ella!

—Vendrá a ver la vivienda que se desocupó ayer.... ¡Caramba, a todas partes me sigue!

—Anda, fanfarrón, a poco dirás que te enamora!

—Palabra que sí..... pero yo no he querido. Antes me daba miedo porque es una de *la vida airada*.... Ya te contaré.

Entonces comprendí que debía ser cierto lo que él me decía, porque la guapa hembra, en el corredor alto, opuesto al nuestro, clavaba en mi compañero sus grandes ojos claros, orlados de amplias ojeras que los embellecían i daban a su rostro, algo ajado, un relámpago de pasión intensa. No era hermosa, pero sí desprendía una gracia deliciosísima. Sus movimientos rápidos, su ademán coqueto, su boca risueña, la rejuvenecían.

—¡Es un *jamón* espléndido!

—Sí.... i ya te digo..... a los pocos meses de haber llegado a Méjico me empezó a perseguir.... Notaba que siempre procuraba vivir lo más cerca que pudiera de mi cuarto.... Aun en la misma vecindad.... Y yo, la verdad, *le corría*.... Figúrate que *la tenía* un coronelote feroz!.... No me inspiraba miedo él.... pero siempre.... después pasó a un viejo rico.... Una vez que estuve enfermo de calentura, quién sabe cómo lo sabría, me fué a visitar.... yo estaba mui mortificado i ella estuvo velándome hasta que sané; le dí las gracias i me besó en la frente.... i lloró, tú, ¡lloró!

Un día me dijo mi amigo:

—Eres un bruto; esa mujer te quiere mucho, á todos pregunta por ti.... i sabe cuanto te pasa i todo lo que haces.... *¡pártele!* te puede dar plata.... Andale, no seas bestia.... —I que por fin me decidí, hombre; la vi-

sité una tarde que no estaba el viejo.... ¡Qué gusto le dió! palabra, no es *papa*.... me dió pasteles i fruta; se sentó a mi lado i me estuvo besando.... bueno.... pues cuando la abracé i quise desabotonarle el saco, se puso colorada, i me dió un manazo que *me tiró*.... yo volví a la carga, diciéndole:

—Pero *chula*, ¿qué modos son esos..... *Andale!*.....

—Ella entonces se levantó i me dijo:

—Mira, Juan, nunca vuelvas a hacer eso.... Yo te quiero como amigo, nada más como amigo, ¿lo oyes?.... i que tuve que irme.... i se quedó llorando.... volví otra vez, i lo mismo: lágrimas.... ¡vaya un raro amor que no me hace feliz!—pensé, i ya no volví; pero ella me sigue...

—¡Estará loca!—Mírala, tú, de veras, cómo te mira!—I efectivamente, pude ver con qué insistencia, con qué húmedo brillo de ternura lo miraba.—Ha de ser una sentimental, una pobre mujer que vive del vicio i ama con el corazón i con el alma a mi amigo.... No: yo sí la amaré con pureza; yo me haré de su alma, conquistaré su corazón—medité siguiéndola con la vista.

I la gentil mujer, alta i majestuosa, sonriente i provocativa, bajó ligeramente por la escalera, i ya en el patio, levantando su pequeña cabeza miró a Juan durante un minuto con sus grandes ojos claros, mui tiernos, húmedos de pasión.... Aun me pareció que lloraban.... Oh! sí, ahora que abarco el sombrío drama, comprendo que debieron llorar lágrimas de sangre aquellos grandes ojos de amplias orlas obscuras.... I su boca de labios gruesos.... ai! pero marchitos, apenas purpurados entonces, insinuaron una sonrisa que se desvaneció en un gesto dolorosísimo, una contracción angustiosa de sus mejillas empalidecidas en un apagamiento mortal....

Aquello duró sólo un minuto.... ella sin duda no había reparado en mí, porque al verme se enrojeció i con brusca sacudida nos volvió la espalda sobre la que caía

en pliegues majestuosos un chal de seda negra con largos flecos.

Desapareció.... i más de tres minutos permanecí de codos sobre el barandal del corredor, las manos sobre las sienes, sumergido en la sentida narración de mi amigo, iluminada por la gracia sugestiva, extraña i sentimental, semi-coqueta i triste de aquella mujer cuya locura me parecía sublime i de cuya alma enfangada en el vicio del que emergían incólumes sus alas nítidas, anhelaba la conquista.

Soñaba en lo bello, en lo melancólico i dulce de un amor así.... en la eterna ilusión sagrada de toda juventud, en el despertar rosa del primer crepúsculo de la existencia: redimir por el amor puro a la mujer prostituida, inflamar con un soplo de ternura divina la marcaita floración de las miserias del mundo, transfigurándola con resplandores de nieve, infinitamente blanca, ¡virgen!.... ¡Sería la redención de la mujer caída!.... ¡Oh ensueño! ¿Qué mejor prólogo para la novela de mis altas quimeras? ¿Qué mejor idilio para el drama ideal de mi primer amor?.... Aquella mujer sería la predestinada por el Eterno para decidir de mi vida.... i su aparición frente a mí, radiante i misteriosa, no era sino la fúlgida primer estrofa del gran poema!

Así meditaba yo ingenuamente mientras Juan, también absorto, escarabajeando frases inverosímiles con un carboncillo en el margen de un texto, canturreaba un aire de zarzuela tandesca..... debía sufrir en su amor propio; casi lo noté arrepentido de la confesión ingenua que en un rapto de confianza desbordó rápidamente, porque, habiendo desaparecido ella, me dijo, golpeando mi cabeza con un brutal manotazo:

—Ah ¡cómo eres malo tú, hombre! A poco ya te enamoraste de ella.... Pues te la paso.. . Con seguridad que está *chiflada* i se viene a vivir allá arriba.... i tú la

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

enamoras i nos divertimos, a ver si contigo cae.... no tengo celos.... Ya verás— i el buen Juan me miró sonriendo....

—Tú eres el malo, hermano. ¡No la has comprendido!.... Es una pecadora de amor. Su alma tiene sed de pureza.... I continué en larga tirada lírica, realmente emocionado.

Tres días después ya la extraña *pecadora de amor*, como la *nombraba* yo sinceramente, se había instalado en la vivienda segunda del piso alto. Su mueblaje, relativamente lujoso, nos deslumbró, sobre todo la enorme cama de latón i los cortinajes de seda carmesí.

¡Un paraíso encantado me prometía encontrar en la viviendita de *la pecadora!*

Mas cuando en la noche oímos ruido metálico de acicates i espada i salimos al corredor, vimos asomar a la luz de la farola del patio, la silueta de un oficial de caballería.... ¡Era el que entonces *la pagaba!*

—Es mui afecta a los militares, ya lo ves, hermano— me dijo mi amigo socarronamente.

—¡No importa..... para él la vil mercancía..... para mí su alma!

I palabra, amigos, lo dije con sinceridad.

Por fortuna, su capitán, por asuntos del servicio i de familia, visitaba con poca frecuencia a su querida, quien con gran desencanto mío, recibía también la de un vejete almibarado que le obsequiaba pastillas envueltas en billetes de banco.

La visitamos una noche en que estaba sola.

Estuve mareado; el perfume exquisito de la sala, el encantador atractivo de la *pecadora* i el cognac que nos obsequió, dieron al traste con mi serenidad. Me hice al instante su amigo, diciéndole mil tonterías sentimentales de las que rió alegremente. Era coqueta i desenvuelta, mui graciosa i de amena conversación. Pude notar que

sus magníficos ojos claros de un verde tierno se obscurecían cuando se fijaban en Juan, brillando de ternura, pero aquello era instantáneo.... un fulgor de relámpago....

—Oye, tú, me dijo una tarde mi camarada—¡si vieras que ella ha vuelto a llorar conmigo, pero *no quiere....!* Nada.... yo vuelvo a la carga.... tú *haz tu lucha* por tu lado.... a ver quién triunfa.

—Arreglado—contesté.

Desde entonces emprendimos una activa campaña, un asedio de la plaza en toda regla. En las tardes organizábamos meriendas apetitosas, alegradas con vihuela i canciones del Interior.

Había nacido en Guanajuato, i las costumbres del Bajío parecían evocarse en la vibración de las cuerdas melancólicas, i en los versos ingenuos de las canciones.

A veces solía yo, arrebatado por el perfume caliente de su carne, atreverme a besarle el cuello, en un brusco asalto de macho en brama.

—¡Quieto, quietecito!—gritaba derribándome en la alfombra de un *revés* a todo vuelo.

Pero aquello me excitaba más aún, i enardecido, congestionado, tornaba al asalto.

Juan, más fuerte que yo i de más edad, era, sin embargo, más tímido, i no se atrevía.... Era evidente que yo triunfaba.

Nunca, hasta entonces, había experimentado el apetito de la mujer con tal furia; era por fin el despertar violento de mi adolescencia viril.... Casi podía asegurar que era aún doncel, i frente a la mujer en fruto, maduro todavía, temblaba con calofríos que erizaban mis cabellos i humedecían mi frente, sintiendo el vértigo de la posesión en un latigazo brutal.

Debía triunfar i triunfé....

Al obscurecer de una tarde, al extinguirse un crepús-

culo que contemplábamos solos en el balcón, entramos a la sala.... i sobre el sofá la acometí; resistió con éxito al principio, derribándome varias veces, enrojeciendo mi rostro a bofetadas, diciendo—*mocoso*, *mocoso*, quieto; lo acuso a su mamá.

—¡No le ataron las manos de niño!.... ¡quieto!.... así, así castigo yo a los *malcriados*, toma, toma!

I la diabólica hembra, jadeante, deshacía mi abrazo, abofeteándome sin misericordia.... i yo, redoblando mis fuerzas, más brioso, mientras más azotado.... le suplicaba asaltándola furiosamente....

—¡Anda, anda, no seas mala, no seas mala!

Rió luego, pareció debilitarse, i por fin ella fué quien cayó de través sobre los almohadones del sofá....

Oculté mi triunfo; saboreé a solas mi felicidad inconmensurable; creí que adoraría siempre a aquella mujer que me parecía divina, le juré casarme con ella i otras tonterías del mismo jaez.

¿Juan adivinó mi victoria?

¿Por despecho o por pasión quiso también dar el asalto definitivo?

No lo sé... no lo he podido saber nunca; pero el caso fué que dos días después, cuando me disponía a entrar a la sala, oí sollozos i palabras suplicantes.... asombrado me detuve tras el cortinaje.... alargué la cabeza i me puse a escuchar.

Jamás olvidaré la terrible escena; las terribles palabras las escucho aún.

¡Juan, por vida de su honrado padre, por lo que más quiera en la vida, déjeme, no, no quiero, no puede ser... no.... no, por Dios, no [illegible] hese así! ¡Oh Virgen Santa! ¡Déjeme, que se condena, que nos condenamos!

—¡No, no!.... Oiga.... ha de ser mía; por la fuerza o por amor.... ¡Ud. se ha burlado de mí, se burla, poniéndome en ridículo, no; ha de ser.... ha de ser.

Me era imposible contemplar la posición de ambos; pero Juan, que era grande i fuerte como un atleta, la debía sujetar entre sus robustos brazos.... Ella sollozaba, aullaba, suplicaba....

—Aunque llore, aunque llore.... esas lágrimas son fingidas.... por dentro se estará Ud. riendo.... ya adivino que Ud. ha jurado *verme chuela*.... desesperarme, jugar conmigo... ¿para eso me ha seguido? ¿para eso?... no se burlará más. Hubo luego un silencio cortado por jadeos de lucha. Forcejeaban.

De repente sollozó ella.

—¡Santo Dios, perdónalo, perdónalo, Virgen Santa.—¡Oh no.... no.... eso no.... eso no.... ¡te condenas!.... mira que nos condenamos.... ¡no! no puede ser.... pues te lo voi a decir.... ¡soi tu madre....! Soi—i pronunció un nombre que no diré jamás.—Sí.... tu madre....

—¡Mientes, desgraciada clandestina! ¡Prostituta!

Oí un chasquido, ruido de muebles que caían, cristales i loza que se quebraban.... ¡I yo que no podía moverme, clavado en la alfombra, tras el cortinaje que se agitaba, sacudido por el crispamiento de mis manos.

—¡Así mejor, así mejor!.... ¡sí! mejor pégame, lo merezco.... pero figúrate si eso lo había de permitir.... soi tu madre, te lo juro.... mira, mira mis ojos, son iguales a los tuyos.... son tus ojos. ¿Me creías muerta? Eso te habían contado.... oye.... yo huí de tu tierra porque engañé á tu padre.... eras mui niño.... aquí en Méjico hice porque allá creyeran que me había muerto.... él me quería matar.... i cuando quedé sola tuve que ser lo que soi.... ¿ya qué había de ser?.... pero no soi tan mala de permitir ese [illegible] cuando llegaste procuré vivir cerca de ti.... te quiero.... eres mi hijo aunque te pese.... aunque te pese.... ¡Mírame!....

Entonces fué Juan quien sollozaba.... debía hundir su rostro en los almohadones del sofá, ¡los mismos sobre

los que asalté a aquella mujer que era su madre!—porque aquellos sollozos caían ahogados, infinitamente tristes, sin consuelo.... A intervalos pronunciaba esta sola palabra:

—¡Mamá!

—¡Mamá!—repetía en el mismo tono de suprema angustia, de espantoso dolor....

No pude más.... arranqué a correr; bajé a saltos la escalera.... para no volver nunca a aquella casa.

Ni de aquella mujer, ni de Juan, logré saber más tarde, pues no volvió a la Escuela....

No sé más....

¿Verdad que mi primer aventura es de las que nunca se olvidan?—terminó el doctor apurando su vaso de cerveza.

HERIBERTO FRÍAS.

RARA AVIS

Son *él* i *ella;* ignoro sus nombres. Los conozco mucho, porque les compro cigarros; tienen un estanquillo. Humildes, algo menos que humildes; dichosos, algo más que dichosos: se aman. I sin embargo, su cielo azul está atravesado por una sombra: *él* es ciego. *Ella* ve por *él*. Parece que le bastan los ojos de su esposa. Nada interesante en sus facciones; son tipos vulgares, de esos con los que a cada paso tropieza nuestra indiferencia. El hombre es bajo de estatura, grueso, de bigote ralo, frente lisa i estrecha, ojos clarísimos, anegados de luz, pero que sólo miran la interminable sombra. La mujer es de buen cuerpo, llena de formas, de ancha cara, colorada

como una amapola; su mirada es limpia i un tanto tímida; sus labios son grandes, pero de curva pareja, sin las sinuosidades de la amargura; i su abundante cabello castaño obscuro, dividido en dos anchas bandas que forman lustrosas ondas en la frente, cae i resbala sobre su espalda en afilada trenza sujeta en su extremidad por un moño negro. Pero ¡qué aureola de tranquilidad ilumina estas dos caras! Traspiran contento.... Da gusto verlos, detrás del mostrador, frente a las filas de panes i bajo las patitas de los títeres que cuelgan de un alambre; *él* con su camisa mui blanca i su corbata de color, mui bien anudada; *ella* con sus enaguas planchadas i su relicario al cuello, riendo a la vida que pasa tumultuosamente por la calle....

¡Qué contraste hacen siempre estas raras fisonomías, que por tan felices parecen infantiles, con las figuras contraídas, nerviosas, arrugadas, que van por el mundo revelando bajo la seda o los arrapiezos, noches sin sueño i días sin reposo!.... ¡Qué contraste hacen i cuánto bien! Es tan complicada la vida moderna, tan difícil; parece tan cansado el hombre de su peregrinación, que igual abatimiento revelan los ojos desconfiados del obrero, que los ojos inquietos del mundano; i las mismas fatigas i ansiedades que cubre la blusa raída, disimula la correcta casaca. Los últimos leños de la energía vital, esa hoguera que su propio fuego consume, los atiza, el uno con aguardiente i el otro con champagne, para poder mantener un momento más la llama que se apaga!..... La naturaleza humana, que antes bebía agua pura en las fuentes griegas, ha llegado en su consunción a la necesidad del excitante, i bebe ajenjo. La estatua que se perfilaba, serena, inalterable, sobre un horizonte claro, el arte heleno, ha cedido su puesto a la escultura escueta i atormentada que corta con su lividez un fondo negro, el arte cristiano. I las dos son copias del hombre: sereno i